

KRYSTAL SUTHERLAND

UNA LISTA CASI
DEFINITIVA
DE MIS PEORES
PESADILLAS

CROSS
BOOKS

Diseño de portada: David Espinosa Álvarez
Ilustración de portada: © David Espinosa Álvarez
Fotografía del autor: Shanaye Sutherland

Título original: *A Semi-Definitive List of Worst Nightmares*

© 2017, Krystal Sutherland

Traducido por: Graciela Nachieli Romero Saldaña

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: abril de 2019
ISBN: 978-607-07-5758-7

Primera edición impresa en México: abril de 2019
ISBN: 978-607-07-5752-5

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Para Chelsea, Shanaye y cualquiera
que haya tenido miedo: eres más va-
liente de lo que te imaginas.*

1

El chico en la parada de camión

Esther Solar llevaba media hora afuera del Asilo y Centro de Rehabilitación Lilac Hill cuando se enteró de que la maldición había hecho de las suyas de nuevo.

Rosemary Solar, su madre, le explicó por teléfono que de ninguna manera podría volver para recogerla. Habían encontrado un gato tan negro como la noche con demoniacos ojos amarillos sobre el cofre del auto familiar, un augurio lo suficientemente oscuro como para impedirle manejar.

A Esther no le sorprendió. El desarrollo espontáneo de fobias no era un fenómeno nuevo en la familia Solar, así que simplemente fue a la parada del camión a cuatro cuadras de Lilac Hill, con su capa roja ondeando en la brisa de la tarde y atrayendo a su paso las miradas de unos cuantos desconocidos.

Iba pensando a quién llamarían las personas normales en una situación como esa. Su padre seguía recluido en el sótano al que se confinó seis años atrás, Eugene estaba desaparecido (Esther sospechaba que había vuelto a colarse por un agujero en la realidad, pues eso le pasaba a Eugene de vez en cuando), y su abuelo ya no tenía las capacidades

motrices necesarias para operar un vehículo (sin mencionar que no recordaba que Esther era su nieta).

Básicamente, tenía a muy pocas personas que pudieran ayudarla en un momento de crisis.

La parada de camión estaba vacía para ser viernes por la noche. Sólo había otra persona, un joven negro, alto, vestido como personaje de una película de Wes Anderson, con pantalones de pana verde lima, chamarra de gamuza y una boina en la cabeza. El chico sollozaba discretamente, así que Esther hizo lo que se hace cuando un perfecto desconocido se pone sentimental en tu presencia: lo ignoró por completo. Se sentó junto a él, sacó su maltratado ejemplar de *El padrino* e intentó con todas sus fuerzas concentrarse en la lectura.

Las luces sobre sus cabezas parpadeaban y zumbaban como un nido de avispas. De no haber levantado Esther la mirada, el siguiente año de su vida habría sido completamente distinto, pero era una Solar, y los Solar tenían la mala costumbre de meterse donde nadie los llamaba.

El chico sollozó dramáticamente y Esther lo miró. Tenía un moretón en el pómulo que se veía púrpura oscuro bajo la luz fluorescente de las lámparas, y en la ceja una cortada de la que corría un hilo de sangre. Su camisa de llamativo diseño, claramente donada a una tienda de segunda mano en algún momento de los setenta, estaba rasgada en el cuello.

El chico sollozó de nuevo y la miró de soslayo.

Por lo general, Esther evitaba hablar con las personas si no era completamente necesario; a veces también lo evitaba cuando era completamente necesario.

—Oye —dijo al fin—. ¿Estás bien?

—Creo que me asaltaron —respondió él.

—¿Crees?

—No recuerdo. —Señaló la herida en su frente—. Pero me quitaron el teléfono y la cartera, así que supongo que me asaltaron.

Y fue entonces cuando Esther lo reconoció.

—¿Jonah? ¿Jonah Smallwood?

Los años lo habían cambiado, pero aún conservaba los mismos ojos enormes, la misma mandíbula cuadrada, la misma mirada intensa que tenía desde niño. Ahora estaba más lleno de pelo: barba marcada, la cabeza cubierta de cabello negro y espeso que le formaba como un cope-te. Esther pensó que se parecía a Finn, de *El despertar de la Fuerza*, lo cual, en su opinión, era un muy buen look. Él la miró, intentando reconocerla: las pecas oscuras que le cubrían el rostro, el pecho y los brazos como una pintura de Jackson Pollock, la melena de un rojo durazno que le caía más allá de la cintura.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿No me recuerdas?

Sólo fueron amigos durante un año, y en ese tiempo apenas tenían ocho, pero igual. Esther sintió una punzada de tristeza al ver que aparentemente él la había olvidado; ella definitivamente no se había olvidado de él.

—Estuvimos juntos en la primaria —explicó Esther—. Iba contigo en el grupo de la maestra Price. Me pediste que fuera tu cita en San Valentín.

Jonah le compró una bolsa de dulces con forma de corazón, y le hizo una tarjeta con el dibujo de dos frutas y una frase que decía «Somos la *peraeja* perfecta». En el interior le pedía que se reuniera con él en el recreo.

Esther lo esperó y Jonah no apareció. De hecho, nunca volvió a verlo.

Hasta ahora.

—Ah, sí —dijo Jonah lentamente, mientras en su rostro se dibujaba el recuerdo—. Me agradabas porque protestaste por la muerte de Dumbledore afuera de la librería como una semana después de que salió la película.

Así es como Esther lo recordaba: ella, de siete años y con el brillante cabello rojo cortado en forma de tazón, protestando en la librería local con una pancarta en la que se leía SALVEN A LOS MAGOS. Y luego un segmento en las noticias de las seis, un reportero arrodillado junto a ella, preguntándole «¿Estás consciente de que el libro se publicó hace años y el final no puede cambiarse?», y ella mirando a la cámara con cara de tonta.

De vuelta a la realidad:

—Odio que haya evidencia en video de eso.

Asintiendo, Jonah observó el atuendo de Esther, su capa rojo sangre atada al cuello con una cinta y la canasta de mimbre junto a sus pies.

—Veo que sigues siendo rara. ¿Por qué estás vestida como Caperucita Roja?

Hacía años que Esther no tenía que responder preguntas sobre su gusto por los disfraces. La gente en la calle simplemente asumía que iba o regresaba de una fiesta. Sus maestros, muy a su pesar, no lograban encontrar en su ropa ninguna falta al código de vestimenta de la escuela, y sus compañeros estaban acostumbrados a verla vestida de Alicia en el País de las Maravillas, Bellatrix LeStrange o lo que fuera, y la verdad es que no les importaba qué trajera puesto mientras les siguiera contrabandeando pastel. (Hablabamos más de esto en un momento).

—Fui a visitar a mi abuelo y me pareció apropiado —respondió, lo cual aparentemente satisfizo a Jonah, pues asintió como si entendiera.

—Oye, ¿tienes algo de efectivo?

Esther sí tenía efectivo, en su canasta de Caperucita Roja. Eran cincuenta y cinco dólares, todos ellos destinados a su Fondo Para Largarse de Este Pueblucho de Porquería, el cual ya sumaba un total de 2235 dólares.

Pero volvamos al pastel antes mencionado. Verán, en el penúltimo año de preparatoria de Esther, la escuela East River instituyó drásticos cambios en la cafetería hasta que sólo quedó comida saludable. Adiós a las pizzas, nuggets de pollo, papitas, frituras, hamburguesas y nachos que hacían que la estancia fuera semitolerable. Las palabras «Michelle Obama» eran pronunciadas entre dientes y con enojo cada que se agregaba un nuevo platillo al menú, como sopa de puerro y coliflor o pay de brócoli al vapor. Esther vio una oportunidad de negocio y horneó unos brownies de caja de doble chocolate; al día siguiente los llevó a la escuela, vendió cada uno a cinco dólares y tuvo una genial ganancia de cincuenta. A partir de ese momento se convirtió en la Walter White de la comida chatarra: fue tal el alcance de su imperio que sus clientes de la escuela la apodaron «Pastelberg».

Recientemente había expandido su territorio al Asilo y Centro de Rehabilitación Lilac Hill, donde lo más emocionante del menú eran hot dogs demasiado cocidos acompañados de un insípido puré de papas. El negocio estaba en su mejor momento.

—¿Por qué? —preguntó lentamente.

—Necesito dinero para el camión. Tú me das efectivo, y puedo usar tu teléfono para transferir esa cantidad de mi banco al tuyo.

Parecía algo bastante sospechoso, pero Jonah estaba herido, sangrando y llorando, y de alguna manera ella aún lo

veía como aquel niño al que un día le agradó lo suficiente como para que le dibujara un par de peras.

—¿Cuánto necesitas? —dijo al fin Esther.

—¿Cuánto tienes? Dámelo y te hago la transferencia.

—Tengo cincuenta y cinco dólares.

—Dame cincuenta y cinco dólares.

Jonah se levantó y fue a sentarse junto a ella. Era mucho más alto y delgado de lo que Esther pensaba, como un tallo de maíz. Lo observó mientras abría la aplicación del banco, ingresaba, anotaba los datos bancarios que ella le proporcionó y autorizaba la transferencia.

«Transferencia de fondos exitosa», anunció la aplicación.

Entonces Esther se inclinó, abrió su canasta y le dio los cincuenta y cinco dólares que había ganado en Lilac Hill ese día.

—Gracias —dijo Jonah, estrechando su mano—. Eres buena, Esther. —Luego se levantó, le lanzó un guiño y desapareció. Otra vez.

Y fue así como, en una tarde calurosa y húmeda al final del verano, Jonah Smallwood le robó cincuenta y cinco dólares y se llevó, en aproximadamente cuatro minutos:

- el brazaletes de su abuela, que traía en la muñeca
- su iPhone
- un dulce de frutas chicloso que había guardado en la canasta para el camino
- su credencial de la biblioteca (en la cual luego acumuló 19.99 dólares en cargos por remplazo tras rayonear un ejemplar de *Romeo y Julieta* con grafitis de langostas)
- su ejemplar de *El padrino*
- su lista casi definitiva de las peores pesadillas
- y su dignidad

Sin dejar de repetir en su cabeza la vergonzosa escena de la protesta por Dumbledore, Esther no se dio cuenta de que le habían robado hasta que llegó el camión seis minutos y diecinueve segundos después, momento en el cual exclamó ante el chofer «¡Me robaron!», a lo que el hombre dijo «¡No acepto polizones!» y le cerró la puerta en la cara.

(Al parecer Jonah no le robó toda la dignidad, pues el conductor del autobús alcanzó a llevarse los restos que quedaron pegados a sus huesitos).

Como ven, la historia de cómo Jonah Smallwood le robó a Esther Solar es bastante sencilla. Pero la historia de cómo ella llegó a amarlo es un poco más complicada.